



SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 5.º

JUEVES 10 DE ABRIL DE 1862.

Los números del año forman un tomo de más de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo día.
Se vende en los puntos de suscripción.

Tomo I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

LA FORMACION DE LAS LENGUAS ROMANAS, por Manuel Milá y Fontanals.—EL TONELERO DE NUREMBERG, cuento de Hoffman. (Continuacion).—INTRIGA Y PASION, por John Lang. (Continuacion).—EL SANTO SEPULCRO.—DOLORES DE LA VIRGEN.—PISCICULTURA.—MUSICA SALVAJE: Piano marimba, por Daniel Livingstone.—BIBLIOGRAFIA: Elegias de don Ventura Ruiz Aguilera.—MODAS DEL MES DE ABRIL, por Adela.

LA FORMACION

DE LAS LENGUAS ROMANCES.

Las lenguas que se hablan en el Mediodia de Europa son lo que designa su nombre de neolatinas ó romances; hijas legítimas de la latina. Opónese por algunos la dificultad de que se desarraigasen de las lenguas indígenas que precedieron á la latina: dificultad que sin embargo no era menor para Marsella ó la Magna-Grecia donde se hablaba el griego que para las Galias y para España. Por otra parte, si el italiano proviene, á no dudarlo, de la lengua que se hablaba en Roma, de la misma deben provenir los idiomas hermanos suyos, al paso que esta hermandad, considerada en sí misma, de ninguna manera puede originarse de las innumerables y revueltas tribus que poblaban el Mediodia de Europa, sino de una nacion dominadora, de una ley comun, de la igualdad de cultura.

No es esto negar que existen en los romances elementos no romanos. Entre estos (aun prescindiendo de las denominaciones geográficas) hay que contar algunas raices que han señalado los filólogos evidentemente derivadas de los idiomas indígenas (euskaro de Cantabria y Aquitania, celta de las Galias de España y del Norte de Italia). Poco mas que denominaciones geográficas ha dejado el hecho históricamente tan notable de las colonias fenicias y de la invasion cartaginesa; mas no cabe decir lo mismo de las colonias griegas, mas recientes y nume-

rosas que aquellas, y mas permanentes que la última, y que depositaron en el litoral del Mediterráneo dicciones del habla de los dioses que entraron despues en la formacion de los romances.

La Italia, que es el país donde se ha de buscar la verdadera cuna de nuestros idiomas, contenia poblaciones en gran manera heterogéneas; mas la lengua de los romanos contaba como hermanas las de los pueblos ausonios y especialmente las del Lacio: el osco, que era una de ellas, sujetaba las palabras latinas á contracciones que á veces recuerdan las que en las mismas palabras verificaron mas tarde las lenguas romances. El latin, usado y cultivado por el pueblo rey, pudo contener en su origen formas y aun modismos que conservadas por el vulgo y abandonadas por el habla clásica, pasaron á los idiomas modernos, así como en los tiempos en que aquella reinaba en el foro, en las leyes y en las letras, debieron existir diversas graduaciones entre el latin que andaba en boca del pueblo y el que los libros ofrecen.

La realidad de la propagacion del habla de los romanos de que son consecuencia y viviente testimonio las lenguas neo-latinas, se halla confirmada por inequívocos textos de los antiguos escritores (entre los cuales es notable el grandioso paso de San Agustin acerca de este hecho providencial); y los historiadores, en particular, hablan de la adopcion de la lengua por uno ó mas pueblos bárbaros, como de un suceso ordinario y conforme con la política de Roma.

La invasion sucesiva de la lengua dominante, al principio en las capitales, luego en los pueblos menores, y en sus afueras, desterró paso á paso las lenguas indígenas á puntos lejanos, á los bosques y á los montes, de donde fueron á su vez desapareciendo. Debieron al principio conservarse pueblos bilingües, pero en general el habla de los romanos fue invadiendo los países dominados á la manera de un rio que solo deja acá y allá algunos puntos enjutos. Así no es de

e-trañar que hasta el siglo V se conserve la mencion ó se encuentren huellas de los idiomas indígenas, próximos á desaparecer casi por completo en la Europa Meridional.

Si bien las lenguas romances conservan alguna forma que fue clásica y no popular, las maneras vulgares de la lengua latina debieron tramitirse á las provincias por medio de la comunicacion oral, con tanta mayor razon, cuanto que eran mas fáciles y holgadas. Demás de esto los pueblos incultos empobrecieron el latin para adoptarlo á su capacidad. Alteraron su pronunciaci6n, ya sujetándola á la naturaleza de sus órganos, y conservaron algunos vocablos de sus lenguas. Unida esta causa á la acci6n de tiempo, á la influencia eclesiástica, que introdujo nuevos giros y palabras, y desdeñaba el rigorismo gramatical, á la diversidad de poblacion en la misma capital del imperio y á la decadencia de la cultura literaria, nos da cumplida razon de la trasformacion de la lengua antigua.

El método universalmente seguido para esta trasformacion se reduce á la supresion de las mas artificiosas formas gramaticales sustituidas por ciertas palabras auxiliares que se despojaban, segun la espresion de G. Schlegel, de su valor significativo, quedándoles un valor simplemente nominal.

Creemos pues innecesaria la hipótesis generalmente adoptada de la mezcla del vocabulario latino con la sintaxis germánica, si bien á la influencia de los septentrionales deben atribuirse los efectos consiguientes á la destruccion de la cultura literaria, la introduccion de un gran número de vocablos que desde el tiempo del imperio empezaron á mezclarse con el latin, y despues no se redujeron tan solo á nombres, sino tambien á verbos y á partículas, la preferencia dada, entre dos palabras latinas á la que se aproximaba mas á otra germánica, algunos giros especiales sobre todo en Francia, donde la influencia septentrional fue continuada y aun trascendió á la pronunciaci6n la formacion de nuevas nacionalidades que pro-

movieron la mayor discrepancia de los dialectos romanos rústicos, y el planteamiento de nuevas instituciones que produjeron nuevas maneras de expresarse.

La identidad de método en la transformación de la lengua de los romanos y la igualdad más o menos completa de las diversas causas que en aquella influyeron, dió una semejanza de resultados que admiramos todavía en las diferentes lenguas meridionales y que hallamos más marcada á medida que nos acercamos al tronco común y origen de todos ellos; primitiva semejanza, innegable, y en muchos pormenores sorprendente, que puede en algunos casos parecernos mayor de la que fue, á efecto de la constante influencia de la ortografía latina. Cada distrito hizo en latín rústico las alteraciones acomodadas á su disposición oral, tanteando las formas más aproximadas al punto de partida: de esta suerte la *o* fue algunas veces convertida en *ue*, el diptongo *au*, ó la articulación *al* en la constracción *o*, la *e* en *ie* ó *ey*, etc.; resultando á veces en los puntos más remotos notables semejanzas con diferencias no menos positivas. Además de estas primitivas semejanzas se encuentran á veces las debidas á la trasmisión literaria, que es conveniente, aunque difícil en ciertos casos, distinguir de las primeras.

Las modificaciones del romano rústico debieron ser sucesivas y como imperceptibles, y si nos fuese dado poseer una fiel representación del habla de las diversas épocas, iríamos notando en general una desviación cada vez más marcada en la lengua latina: en general decimos, pues el latín seguía influyendo como lengua sabia, y hubo de haber correcciones y restauraciones, pues así ha sucedido aun en los tiempos en que las modernas lenguas se han fijado por la escritura, como es de ver *v. gr.* en nuestra voz *oscuro* que es más latina que el *escuro* de nuestros antiguos clásicos.

MANUEL MILÁ Y FONTANALS.

EL TONELERO DE NUREMBERG.

CUENTO DE HOFFMANN.

(CONTINUACION.)

IX.

La soledad y la tristeza reinaban al día siguiente en el taller de maese Martín. Reinaldo, disgustado del trabajo, permanecía horas enteras encerrado en su cuarto. Maese Martín, con su brazo vendado, no abría su boca más que para vituperar al malvado extranjero; Rosa, Marta y los niños no se atrevían á ir al sitio que había sido teatro de la escena sangrienta; Federico solo se ocupaba lentamente en reparar el tonel del obispo de Bamberg, y su martillo resonaba durante todo el día.

El desaliento y la melancolía tomaban gradualmente posesión de su alma; Rosa no aparecía por el taller desde que Reinaldo, con pretexto de estar enfermo, se quedaba en su cuarto. Federico dedujo de esto que la joven amaba á su amigo; ya había notado que ella concedía á Reinaldo sus más graciosas sonrisas y sus palabras más dulces; en una palabra, ya no podía dudar de sus sentimientos.

Al domingo siguiente, en vez de aceptar la invitación de maese Martín, que casi curado de su herida, deseaba ir con Rosa á pasear fuera de la ciudad, se fué solo entregado á la angustia de sus pensamientos hacia la colina, en donde había visto á Reinaldo por primera vez. Al llegar allí se echó sobre la yerba, reflexionando en las decepciones de su vida, cuyas esperanzas se habían desvanecido una á una como estrellas filantes. Lloró sobre las flores ocultas en la yerba, y las flores doblaron sus tallos bajo el rocío de sus lágrimas como si hubieran comprendido su tristeza. Luego, sin poder explicárselo á sí mismo, sus suspiros, que eran llevados por la brisa, llegaron á articularse gradualmente en palabras, y cantó su tristeza como hubiera cantado su alegría.

La voz de Federico se animó á medida que

cantaba; su pecho oprimido sintió algún alivio, y sus lágrimas corrieron con menos amargura. El ruido de la brisa de la tarde, al penetrar por entre las hojas de los tilos, despertó los ecos que habitan los bosques y trajo á sus oídos acentos tan suaves como palabras animadas, y el horizonte teñido de púrpura y oro parecía indicarle caminos más agradables para el porvenir.

Federico, algo más consolado, descendió de la colina florida en dirección á la ciudad. Repasaba en su imaginación la tarde que él y Reinaldo siguieron el mismo camino, recordando sus promesas de eterna amistad; pero al acordarse de la historia que le había contado Reinaldo de dos pintores italianos, sus ojos se abrieron como por encanto. El pasado se le presentó con toda claridad como una certidumbre penosa; se persuadió que Reinaldo había amado antes á Rosa, que su amor le había hecho volver á Nuremberg á la casa de maese Martín, y la narración de la amistosa rivalidad de los dos pintores por el dorado laurel, le pareció un emblema de su rivalidad de amor, cuyo precio era Rosa. Todas las palabras de Reinaldo se presentaron á su memoria tomando un sentido diferente del que hasta entonces las había dado. «Entre dos amigos, decía, no puede haber ni odio ni envidia. A tí, amigo de mi corazón, á tí, es á quien preguntaré si ha llegado ya para mí el tiempo de renunciar á toda esperanza.

Este pensamiento no le abandonó á Federico, y con él fué á la habitación de Reinaldo; el claro sol alumbraba con sus alegres rayos este pequeño cuarto, en el que reinaba un profundo silencio. El joven empujó la puerta, que no estaba cerrada, y entró con cuidado; pero apenas había dado un paso, cuando quedó clavado en el suelo é inmóvil como una estatua; Rosa, en todo el brillo de sus encantos, se le apareció admirablemente pintada en un retrato del tamaño natural. Al lado estaban la paleta y el caballete todo preparado, lo cual anunciaba un trabajo reciente.

—¡Cielos! ¡Rosa! exclamó Federico.

En este momento Reinaldo le tocó en el hombro, y le dijo con una sonrisa de alegría:

—¿Qué te parece este cuadro?

—¡Oh! eres un hombre superior, un grande artista, dijo Federico abrazándole. Ahora todo lo veo claro; has merecido el premio que yo tenía la locura de enviarte; y sin embargo, querido amigo mío, yo también tenía un proyecto de artista. Había soñado que hubiera sido muy tierno el modelar una pequeña estatua de plata, hecha á semejanza de la divina Rosa; pero conozco que esto era el sueño de un loco orgullo. Tú solo eres feliz; tú solo has hecho la obra maestra. ¡Mira, cuán animada de una vida celestial está su sonrisa! ¡Qué mirada angelical! Ambos hemos combatido para alcanzar la misma victoria; pero para tí, Reinaldo, para tí es el triunfo y el amor; en cuanto á mí, dejo esta casa y este país. Conozco que no puedo volver á ver á Rosa; sería superior á mis fuerzas. Perdóname, querido amigo, perdóname; hoy mismo empezaré de nuevo mi triste peregrinación por el mundo, y no le varé conmigo más que mi amor y mi miseria.

Al decir estas palabras, Federico estaba á punto de echar á andar; pero Reinaldo le detuvo.

—No debes dejarnos, le dijo con un tono de súplica afectuosa, porque todo puede cambiar de un modo distinto de lo que crees, y yo no quiero ocultarte más largo tiempo el secreto de mi vida. Has visto ya que yo no había nacido para seguir el oficio de tonelero, y la vista de esta pintura te probará que no estoy en el último rango entre los pintores. En mi más tierna juventud atravesé la Italia para estudiar las obras principales de los grandes maestros. Mis talentos, desarrollados por una inclinación natural, hicieron rápidos progresos. Bien pronto me favoreció la fortuna, como también la gloria, y el duque de Florencia me llamó á su corte. Yo ignoraba en este tiempo todo lo que ha producido el arte germánico, y hablé sin conocimiento de causa de los defectos, de

la frialdad, de la dureza de vuestros Dureros y Cranachs, cuando un día un vendedor de pinturas me enseñó un pequeño bosquejo de Alberto Durero: era una Virgen; lo sublime y lo concluido de su ejecución me arrebató de entusiasmo. Inmediatamente comprendí que había algo mejor que la gracia amanerada del estilo italiano, y resolví visitar los estudios de los más célebres pintores alemanes, para iniciarme en los secretos de sus composiciones. Al llegar á Nuremberg, el primer objeto que encontré fue á Rosa, y creí ver la hermosa Virgen de Alberto Durero. Mi alma se abrasó con un amor intenso semejante á una conflagración; el resto del mundo quedó borrado de mi mente, y el arte que hasta entonces me había ocupado exclusivamente, pareció no tener otra misión para mí más que la de producir innumerables bosquejos de las divinas facciones del objeto de mi pasión. Busqué los medios de introducirme en casa de maese Martín; pero no había nada más difícil. Los ardidés empleados ordinariamente por los amantes eran impracticables. Estuve á punto de anunciarme abiertamente á maese Martín, y pedirle la mano de su hija, cuando por casualidad supe que este digno hombre había decidido formalmente que no aceptaría más que al que fuera el tonelero más hábil de todo el país. Lejos de desalentarme por este obstáculo, me encaminé á Strasburgo, donde aprendí secretamente este oficio, dejando á la Providencia el cuidado de recompensar mis esfuerzos. Tú ya sabes el resto, y no tengo que revelarte más que una cosa, y es que hace poco tiempo que maese Martín en un arranque de buen humor, predijo que bajo sus auspicios yo llegaría á ser un famoso tonelero, y que querría verme algún día marido de su bella hija, á quien, según él decía, yo no la era del todo indiferente.

—¡Oh! lo conozco bien, á tí es á quien ama, contestó Federico. Yo no soy á sus ojos más que un miserable artesano; pero en tí ha descubierto al artista.

—Detente, dijo Reinaldo, eres un hombre extravagante, y olvidas, querido hermano, que Rosa no ha decidido nada. Sé que hasta ahora se ha mostrado muy amable hacia mí; pero esto está lejos del amor. Prométeme, mi querido hermano, permanecer durante tres días sin moverte de aquí. He descuidado algo nuestros toneles; pero era como ves, porque me ocupaba de esta pintura; todo lo que distraía mi atención de esto, me parecía extraordinariamente enojoso, y mientras más tiempo pasa, menos capaz me siento de continuar nuestra carrera de estúpido artesano. He resuelto echar al diablo la azuela y el martillo. Dentro de tres días te revelaré sinceramente los sentimientos de Rosa. Si me ama te debes marchar, y entonces verás que el tiempo cura todos los males, aun aquellos que atormentan el corazón.

Federico prometió que esperaría.

Una tarde, tres días después de esta conversación, Federico se paseaba solo fuera de la ciudad; pensaba con disgusto en las reprensiones severas que había recibido de maese Martín por algunas faltas. Había advertido que el maestro parecía preocupado con algún pesar secreto, y había oído las palabras de: «Cobarde intriga, olvidada amistad, etc.» que se habían escapado de sus labios. Maese Martín no había juzgado conveniente el explicarse, y Federico no sabía qué pensar, cuando en esto encontró ya dentro de Nuremberg, un hombre que iba á caballo; era Reinaldo.

—¡Ah! exclamó este, vienes á tiempo; tengo muchas cosas que decirte. Y desmontando se lió la brida alrededor del brazo, estrechó la mano de su amigo, y ambos echaron á andar. Federico advirtió desde el principio que Reinaldo se había vuelto á poner el traje que llevaba cuando se vieron por primera vez. El caballo, enjaezado como para un viaje, llevaba una maleta en la grupa.

—Somos felices, amigo mío, dijo Reinaldo en un tono que repentinamente se hizo rudo y amargo. Somos felices, maneja ya libremente y sin rival el martillo y el hacha. Acabo de des-

pedirme de la bella Rosa y del respetable maese Martin.

—¿Cómo? exclamó Federico temblando como si un trueno hubiese estallado sobre su cabeza, ¿te marchas cuando maese Martin te acepta por su yerno y cuando Rosa te ama?

—Te repito, dijo Reinaldo, que es una ilusión de tus celos, sé que Rosa me hubiera aceptado por marido por obediencia ó temor á su padre, pero los corazones no se toman á la fuerza y su interés no es para mí. Si no hubiera sido por esto, yo hubiera llegado efectivamente á ser un tonelero y como cualquiera del oficio hubiera trabajado durante seis días para desplegar mi dignidad el último, con las gracias de mi mujer, en la iglesia de San Sebaldo ó de Santa Catalina, y pasearme virtuosamente por la tarde en la pradera de las flores.

—¡Oh! no te burles de esas costumbres sencillas y tranquilas. La felicidad se encuentra comunmente en las condiciones humildes.

—Eres muy justo, dijo Reinaldo, pero déjame continuar. Hallé ocasión de decir á Rosa que la amaba y que su padre consentiría en nuestra unión. A estas palabras vi que brotaban lágrimas de sus ojos, que su mano temblaba en la mía, y que volviendo la cabeza á un lado me contestó: «Reinaldo, obedeceré las órdenes de mi padre.» Tuve buen cuidado de no llevar mas allá la conversacion; una luz repentina alumbró mi alma y descubrí afortunadamente que mi amor por la hija del tonelero, no era mas que un sueño de un entusiasta. No era á Rosa á quien yo amaba, sino á un ser ideal del que ella me mostraba una copia que se me representaba incesantemente con toda la pasión de un artista. Comprendí que estaba enamorado de un retrato, de un sueño, de una belleza fantástica, y vi con disgusto el triste porvenir que me esperaba cuando me hallase instalado con familia en la dignidad de maestro artesano. Lo que yo amaba en Rosa era una imagen celestial á la que vestía en mi interior con un brillo divino; pero el destino del artista es caminar incesantemente hácia lo futuro sin detenerse á coger las flores del camino. ¿Cómo podría yo renunciar á los triunfos del arte y hollar bajo mi pie las coronas que promete? ¡Te saludo, desde lejos país de las artes y del genio antiguo! ¡Oh! ¡Roma pronto te volveré á ver!

Los dos amigos habían llegado á un punto en donde el camino se dividía en dos: Reinaldo se fué por la izquierda.

—Adios, le dijo á Federico abrazándole; adios, amigo mio, separémonos. ¿Quién sabe si nos volveremos á ver?

Y colocándose en la silla metió espuelas á su caballo sin volver la cabeza atrás.

Federico permaneció largo tiempo en el mismo sitio con los ojos fijos en el solitario camino; despues volvió á su casa con el corazón oprimido de dolor; presentimientos sombríos agitaban su alma; le parecía que esta separación se asemejaba á la muerte.

X.

Algun tiempo despues de esto, maese Martin triste y pensativo concluía el tonel para el obispo de Bamberg; Federico que trabajaba á su lado estaba silencioso; la partida de Reinaldo le habia quitado toda la alegría. Al fin maese Martin arrojando su martillo cruzó sus brazos con cólera y murmuró entre dientes:

—«¡Reinaldo se ha marchado despues que Conrado; era un pintor como se ven pocos, pero pensaba engañarme! ¿Quién hubiera imaginado tanta maldad bajo aquellas facciones tan distinguidas, con modales tan francos y políticos? Al fin se desenmascaró; Federico por lo menos permanece fiel porque es un sencillo y honrado artesano. ¿Y quién sabe qué es lo que puede esperar si llega á ser un maestro hábil y agrada á mi Rosa? Veremos, veremos.»

Y diciendo esto maese Martin cogió su martillo y volvió á su trabajo; Federico al oírle sintió una ardiente emoción en todo su ser, pero al mismo tiempo un desaliento increíble le quitaba toda esperanza. Rosa apareció en el

taller donde no habia estado hacia mucho dias; su rostro llevaba el sello de una tristeza mal encubierta, se conocia que habia llorado. La marcha de Reinaldo es la causa de esas lágrimas; ella le ama entonces, pensó en su interior Federico. Esta idea desgarraba su corazón y no se atrevia á mirarla.

Entre tanto se habia concluido el gran tonel; maese Martin contemplaba su obra y sentia renacer en él su antigua alegría.

—Sí, hijo mio, le dijo á Federico estrechándole en sus brazos, si llegas á hacer una obra como esta y agradas á Rosa serás mi yerno; esto no impide que cultives el arte del canto, porque así alcanzarás dos reputaciones excelentes.

Como á cada momento estaba entrando obra en el taller, maese Martin se vió obligado á tomar dos nuevos oficiales muy diestros en el oficio, pero libertinos, borrachos y pendencieros. En el taller no resonaban mas que juramentos ó canciones tan libres, que Rosa se vió obligada á abstenerse de ir á él, quedando Federico completamente aislado.

Cuando á veces Federico encontraba á su amada suspiraba y fijando sus miradas en ella parecia decirle; mi querida Rosa, no sois tan buena y tan complaciente conmigo como en el tiempo en que Reinaldo estaba aquí. A lo cual la joven bajando sus ojos, contestaba por su modesta turbación:

—¿Señor Federico, teneis algo que decirme?

Pero en estos momentos tan raros el pobre muchacho quedaba mudo y como si estuviera petrificado y Rosa desaparecia como los relámpagos de una noche ardiente del estío que la vista admira sin poder casi contemplarlos.

(La conclusion en el próximo número.)

INTRIGA Y PASION.

(CONTINUACION.)

Fouché se levantó y sacando de un cajon dos rollos de papel, cada uno de los cuales tenia algunas varas de largo, le dijo:—Mirad, coronel, mirad esto.

—¿Qué es eso? le preguntó el coronel. ¿Es la cuenta del sastre de algun elegante ó la lista de algun regimiento de la guardia?

—Esta, coronel, replicó Fouché, es la lista de los autores de las cartas firmadas «Disco», cuyos nombres me han ido dando algunos acusadores con la esperanza de recompensa pecuniaria ó de algun sueldo.

—¿De veras! dijo el coronel, ¿no digais eso!

—Y esta continuó Fouché desenvolviendo el otro rollo, es la lista de las personas que han sostenido ser los autores,—locos cuya sed de distinguirse ponía en peligro su vida; imbeciles cuya estupidez los absolvía del delito que les era atribuido. Ahora bien, decidme coronel ¿en cuál de estas listas hay que incluir á *vuestro* autor?

—En ninguna, dijo el coronel; conozco efectivamente al autor y tengo la prueba mayor al ver que vos sabeis tambien quién es. El coronel Cartouche sacó entonces de su bolsillo un pedazo de papel y se lo presentó.

—¿Qué es esto, coronel? preguntó Fouché cogiendo el papel.

—La prueba innegable.

—¿Pero cómo?

—La he arrancado de su cartera.

—¿Cuándo?

—No hace aun media hora.

—¿Os observó alguien?

—No; su hermana estaba allí, pero no me vió.

—¿Su hermana? pero ¿no habia nadie mas?

—Ni un alma.

—¿Dónde estaba él?

—Ha salido de la habitacion hace pocos momentos.

—Lo veo, coronel, pero ¿qué prueba es esta?

—Poned el papel delante de la luz y leedle por detrás; así encontrareis una parte de la úl-

tima carta conforme estaba escrita y borrada en el papel. Comparad esto con la parte escrita con tinta comun. En el borrador habla de esta cohorte como de una maquinacion loca pero *costosa*, en la copia con tinta comun hallamos la palabra *estensa*.

—Ya lo veo, replicó Fouché, pero yo tengo mayores pruebas que esta, que en la realidad no es prueba contra él.—Y con una sonrisa complaciente dobló cuidadosamente el papel guardándoselo despues en un bolsillo del chaleco.

—Ahora decidme, dijo el coronel, ¿cómo habeis llegado á descubrir que él era el autor?

—¡Ah! esto es un verdadero secreto.

—Soy un amigo antiguo y verdadero de la familia; ya lo sabeis.

—Ya lo conozco, dijo Fouché tomando un polvo.

—Y lo siento verdaderamente por el joven.

—En efecto, concibo desde luego vuestro dolor.

—¿Quién se hubiera figurado que un joven hubiera escrito con tal autoridad y con un conocimiento tan perfecto de la naturaleza humana? Pero Jerónimo fue siempre un joven de grandes esperanzas, siempre obtuvo el primer premio de su academia en todo; se bate bien, monta bien á caballo, nada bien, baila bien, canta bien, dibuja bien, habla bien, es uno de estos jóvenes distinguidos que todo lo hacen bien.

—Y escribe extraordinariamente bien, dijo Fouché.

—Sí, continuó el coronel, tiene la habilidad de su madre; su padre era la criatura mas necia que ha existido jamás.

—¿Dónde está ella, coronel?

—¿La madre? Ha muerto. El padre pertenecía á la corte de Luis XVI; Jerónimo tuvo la ventaja de estar con los tutores del Delfín.

—Ya lo sé; de ahí viene su adhesión á los Borbones.

—Su madre era protegida de María Antonieta; yo quise casarme con ella cuando quedó viuda.

—¿Lo quisisteis así?

—Sí, pero ella lo rehusó; tenia una posesion en una provincia, además de la casa de la calle de Vivienne, donde vive ahora Jerónimo con su hermana.

—Coronel, dijo Fouché con tono solemne, pensaba prender á ese joven esta misma noche. Si lo hago así, la pena capital ó la prision perpetua será el castigo de su grave culpa; pero quiero librarle, y si promete no volver á escribir haré todo cuanto sea posible para ocultar su identidad. Como antiguo amigo de su familia, vos no hareis alusion alguna á lo que habeis sabido. Sentiríais que un joven de su nacimiento, de sus aspiraciones y de su habilidad tuviera un fin ignominioso. Mi deseo mas vehemente es librarle; tomad una pluma y escribidle, pedidle que vaya á veros esta noche á un café en el boulevard; yo estaré allí disfrazado; escribidle, vuestra carta debe serle entregada en su mano por uno de mis criados de confianza.

Cuando Cartouche se puso á escribir, Fouché empezó á pasearse por la habitacion sumergido en sus profundos pensamientos. Tenia los ojos casi cerrados, y los labios fuertemente comprimidos, indicaban que meditaba una terrible venganza del autor de aquellas cartas que tantos disgustos le habian causado al emperador y á él mismo.

—¿Está así bien? dijo el coronel despues de terminar su carta.

—Admirablemente, dijo Fouché despues de leerla; ponedla el sobrescrito.

El coronel volvió á coger la pluma y escribió: «A Mr. Jerónimo Lagrange calle de Vivienne, número 18.»

El nombre y las señas de la casa era todo lo que Fouché deseaba saber; apenas se halló en posesion de ello, cuando recordó que tenia que ir á palacio, lo cual le impedía ver á Jerónimo aquella noche. Pero mientras tanto, coronel, dijo Fouché, debeis guardar un profundo silen-

cio: ni una palabra á nadie; acordaos que la vida de vuestro jóven amigo está en el juego.

El coronel Cartouche prometió enfáticamente que sería tan silencioso como un sepulcro y pocos minutos, despues que pasaron en una conversacion insignificante, se retiró.

¡Ah! exclamó Fouché, ¡qué hombre tan sencillo es este coronel Cartouche! Ha dicho su secreto por nada, un secreto por él que le hubiera dado generosamente por lo menos cien mil francos además de procurarle el destino y el ascenso que anhela ahora, y hasta este momento yo no he contraído ningún género de obligación con él. ¡Jerónimo Lagrange! ¿Será este hombre admirador de las mujeres hermosas? Las personas de gran talento tienen en general pasiones violentas. ¿Se enamoraría de Raquel de Este? Pero no; Raquel es demasiado jóven y aunque es muy fiel, temo que se interesara su corazón; María de Saint Cyr debe ser la mas á propósito; Jerónimo la amará, en su presencia escribirá las cartas y en su presencia le haré prender.

—Este pedazo de papel es apenas una prueba, dijo Fouché sacando el papel del bolsillo y examinándole: sin embargo, para mi es suficiente. La prueba será de la carta mas violenta y el castigo proporcionado á la injuria.

II.

La familia de Lagrange era una de las mas antiguas de Francia. El padre de Jerónimo habia sido oficial del ejército y ayudante de campo del rey; su mujer pertenecía á la aristocracia y era de la servidumbre de la desgraciada María Antonieta que la consideraba como una amiga.

Jerónimo, como el coronel Cartouche habia dicho muy bien, era un jóven de grande habilidad y habia sido educado con un esmero extraordinario por los mejores profesores de París; no era precisamente bello pero si de noble aspecto y tenia un aire tan varonil y tan franco que encantaba á cuantos le trataban. Poseia además cierta gracia picante y aunque rara vez usaba esta arma en sus escritos, siempre que recurria á ella obtenia el éxito que deseaba.

Hacia siete meses que la pluma de Jerónimo tenia en la tortura al emperador Napoleon y á sus adherentes y en todo este periodo no habia habido la mas ligera sospecha que indicara quién era el autor de las cartas firmadas «Disco.» Los manuscritos de estas cartas los enviaba Jerónimo á sus amigos, desterrados en diversos puntos, los cuales las imprimian y las remitían á París por el correo. Unas venían de Inglaterra, otras de Rotterdam, de Francfort, de Hannover ó de Dresde. Nadie escepto su hermana sabia en París el secreto de estas cartas, por cuya razon Jerónimo estaba tranquilo, aunque su adhesión á la familia de Borbon era tan ardiente como hubiera podido serlo á la suya propia y su odio á la de Bonaparte no era menos cordial. En el período á que se refiere nuestra historia Jerónimo tendria apenas 24 años y su hermana Antonieta tres menos que él. Esta era muy hermosa pero no estaba dotada de una gran inteligencia; poseia sin embargo esas maneras distinguidas y elegantes que son comunes á las personas de su rango ó que están acostumbradas á respirar la atmósfera de la corte; no es necesario hacer un grande esfuerzo de imaginación para inferir que era dulce, amable y ambiciosa.



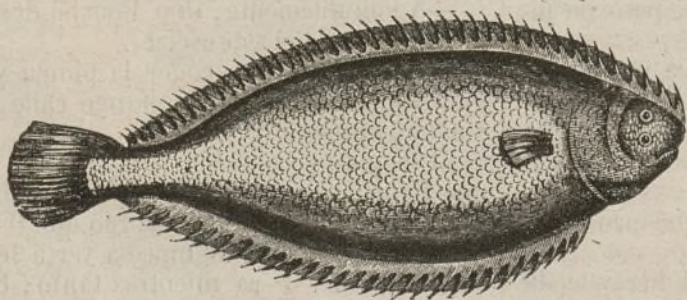
Jerusalén.—Puerta exterior de la iglesia del Santo Sepulcro.

Jerónimo y su hermana habian heredado las propiedades pertenecientes á sus antepasados las cuales le producian 13,000 francos por año. Afortunadamente para su viuda é hijos el coronel Lagrange (padre de Jerónimo) habia muerto antes de la ejecución de Luis XVI; y la oscuridad en que vivió despues la familia de Lagrange la libró de la confiscación de sus bienes que hubiera tenido lugar en otro caso.

El interés y la curiosidad que excitaban los escritos de Jerónimo eran inmensos. Era imposible entrar en ningún club ni café, sin oír que se hablaba de ellos y no pocas veces despues de un día de frecuentar ciertos sitios públicos de la capital, estas conversaciones hacían que Jerónimo se retirase á su casa con un sentimiento de orgullo tan grande si no mayor que el del héroe poderoso que regia entonces los destinos de la Francia.

Uno de los pocos amigos antiguos con quien

Jerónimo y su hermana habian conservado relaciones de intimidad, era el coronel Cartouche, que siempre los habia visitado con confianza. El coronel era un hombre muy amable que frisaba en los 60 años; los que le conocían bien ponían en duda su valor personal; su figura era ridícula y su carácter raro. Fouché acostumbraba á servirse mucho de este hombre, pero de un modo ó de otro le engañaba siempre, afectando conocer lo que el coronel tenia que decirle, y que Fouché, de una manera indirecta le hacia que contara. Para el coronel fue un gran secreto el descubrir que Jerónimo era el autor de las cartas firmadas «Disco.» Una casualidad hizo que su vista se fijara en el libro de memoria y leyera lo que estaba escrito en él. Jerónimo acababa de salir de la habitación, y el coronel, temiendo perder la ocasión, arrancó la hoja del libro de memoria. Antonieta le vió arrancarla pero no sospechando de la fide-



Piscicultura.—La renovación de peces en las costas de los mares.

lidad del coronel y no figurándose tampoco el motivo que le impulsaba á obrar así, no hizo caso alguno; pero apenas hubo salido el coronel, cuando empezó á reflexionar sobre lo que le había visto hacer y manifestó sus temores á Jerónimo, que por espacio de algunos momentos quedó mudo é inmóvil, y cogiendo después el libro de memoria, conoció la prueba tan grande que podía ser contra él cualquiera de las hojas de este libro. ¡A pesar de todo su cuidado, había caído al fin en una trampa, en poder de un amigo falso! No había que perder tiempo en quejarse del traidor Cartouche; con una precipitación extraordinaria hicieron sus preparativos, y en menos de dos horas, Jerónimo y Antonieta, con todo su equipaje, se hallaban caminando hacia sus posesiones que estaban á poca distancia de Boulogne. Amargo fue para ellos abandonar la morada de su niñez y mas amarga aun fue la reflexion de que caería en manos de la justicia, porque sería confiscada.

III.

A las once de la noche de aquel mismo día, se hallaba Fouché sentado en su habitación esperando con ansia la vuelta de sus diversos emisarios. Poco después entró Luisa Duval con el traje de hermana de la caridad. ¡Cuán bella estaba! ¿quién no se hubiera enamorado de ella?

—Bien, Luisa, dijo Fouché, ¿habeis visto al joven inglés? ¿quién es? ¿qué quiere?

—No he podido descubrirlo. Se hallaba embrazado y manifestaba reserva cuando le preguntaba acerca de esto.

—¿Y no se admiró de vos?

—Cuando yo cogí su mano calenturienta entre las mias y aparté sus negros cabellos de su pálida frente, retenía mi mano con las suyas y pedía al cielo que me bendijera.

—Eso era muy cristiano de su parte.

—Y cuando le dí las buenas noches, me suplicó que aceptara este anillo y le llevara por recuerdo suyo. He prometido volver á verle mañana.

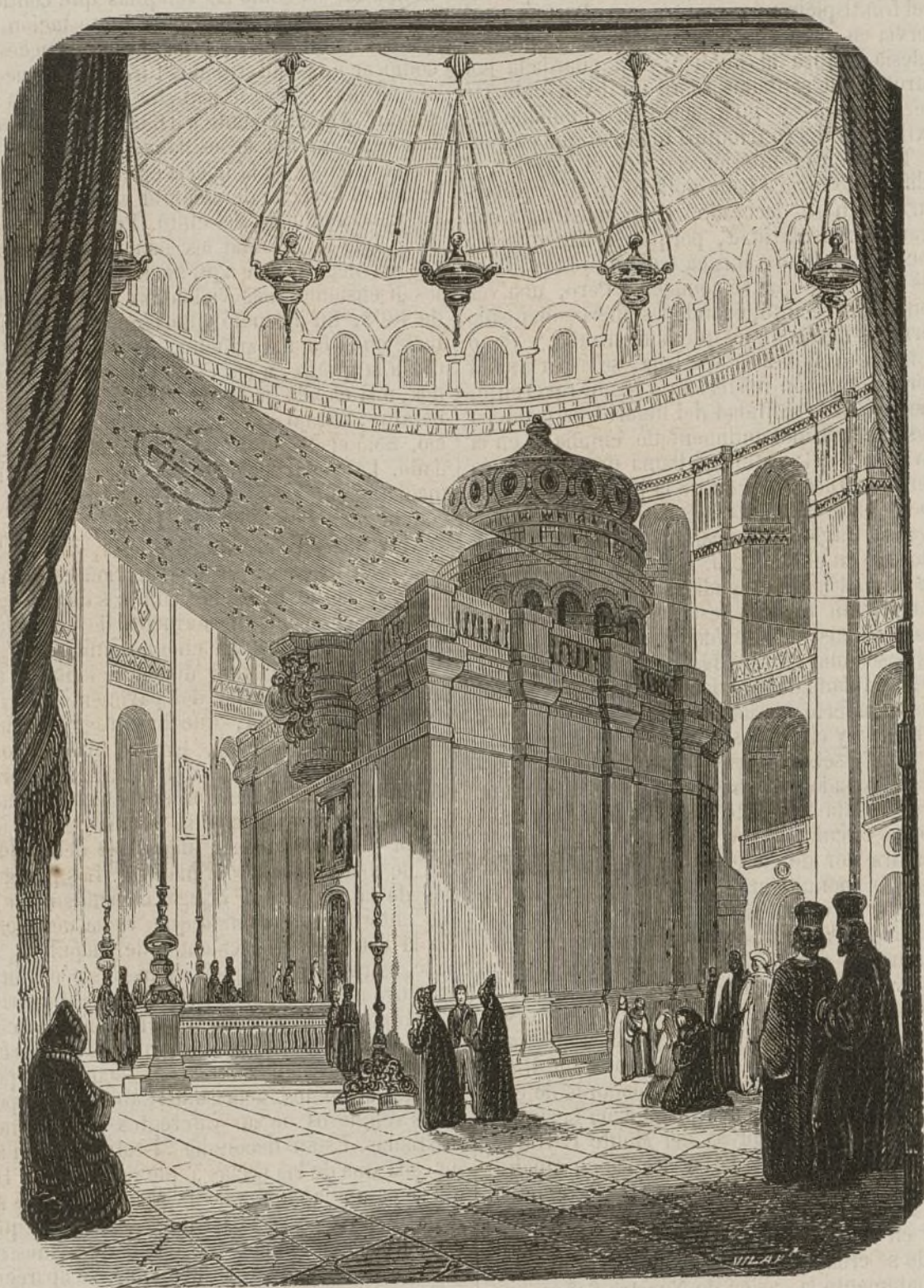
—Pero ¿no le habeis preguntado, cuál es su profesion?

—Sí, pero me ha contestado únicamente que había sido encarcelado por sospechas de que era un espía; mañana será mas comunicativo.

—Dejadme ver el anillo; debe haberle ocultado, porque cuando le arrestaron, mandé que le quitaran todo lo que llevaba de algun valor.

Luisa Duval se quitó el anillo que llevaba en el dedo del corazón y se le presentó á Fouché.

—¿Qué armas son estas?—Una cabeza de elefante con el lema «¡tened cuidado!» Hasta las armas reales de Inglaterra tienen lemas en francés y en alemán, como si su propio idioma no



Jerusalén.—Vista interior de la iglesia del Santo Sepulcro.

fuera bastante para ello. Esperad, debo tener un libro inglés de heráldica.

Fouché tomó un volumen muy grande de un estante y empezó á hojearle.

—Aquí hay leones, panteras, perros, cabras, monos, sirenas, grifos, pescados, palomas, cornejas y milanos. ¡Oh! aquí está una cabeza de elefante con el lema «Tened cuidado,» ya lo veo. Y la fisonomía de Fouché tomó un aspecto menos sombrío y su sonrisa se fue convirtiendo poco á poco en un gesto.

—¿Es un hombre de clase elevada? dijo Luisa.

(Se continuará.)

JOHN LANG.

EL SANTO SEPULCRO.

En estos días en que la Iglesia nos recuerda todos los grandes misterios de la redención, se leerán con gusto las siguientes noticias de la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén, donde tuvieron lugar los principales hechos que celebramos.

La iglesia del Santo Sepulcro no se abre mas que en días determinados, y solamente á ciertas horas. La multitud de peregrinos que en tales días se agolpan tumultuosamente para entrar, es inmensa, aumentando sobre todo en tiempo de Pascua. Para visitar la iglesia en cualquier otro tiempo, es necesario obtener una autorización especial del gobernador de Jerusalén, porque las llaves están depositadas en sus manos ó en las de sus subordinados. Al salir de

la Casa-Nova, especie de sucursal que los monjes han hecho construir al otro lado de la calle del convento latino de San Salvador, para recibir á los viajeros, pero mas particularmente á las mujeres, que la curiosidad ó la devoción pueden atraer á aquellos lugares, pues las reglas de su orden no permiten á las personas del bello sexo vivir en el interior del convento; al salir, decimos, de la Casa-Nova, se toma por la calle de la derecha, que lleva á la puerta de Belahem. La primera calle á mano izquierda conduce frente al Santo Sepulcro. Aunque la magnífica cúpula de este edificio se ve desde casi todos los parajes de la población, la iglesia propiamente dicha, es de difícil acceso, porque no tiene peristilo, y está casi completamente rodeada de construcciones, que en diferentes épocas se han permitido arrimar á sus murallas. No se puede entrar en ella sino por la parte de Oriente. Por este lado hay un ancho atrio enlozado, desde el cual se descubre una gran parte del sagrado edificio. Allí se hace un considerable tráfico de crucifijos, de conchas esculpidas y de rosarios. Los mercaderes están sentados en el suelo junto á sus tiendas. Un frontispicio de arquitectura semi-gótica, formado por dos arcos apuntados, es la portada de este atrio. Originariamente servía sin duda de entrada lateral. Una de las puertas ha estado tapiada; la que existe es de una construcción maciza ó sólida, y le han hecho una pequeña abertura, por la cual se puede comunicar con las personas de fuera. En la parte superior de esta puerta hay un friso estrecho adornado por un bajo-relieve que representa la entrada triunfal



Música salvaje.—Piano marimba.

de Nuestro Señor en Jerusalem. A la izquierda del frontispicio se encuentra una alta torre que servía en otro tiempo de atalaya. Cuando la iglesia se abre al público, está guardada por turcos, que sentados sobre un divan cubierto de alfombras y guarnecido de almohadones, exigen un ligero tributo á todos los que entran.

Tanto en el interior como en el exterior, el edificio no ofrece nada notable en su arquitectura ni en su decorado. Está construido con grande irregularidad, porque se han querido encerrar bajo una misma techumbre las diversas partes de que se compone. Pero, una vez dentro del recinto, cuando las puertas han sido cerradas detrás de los que han entrado, y ya no se habla mas que en voz baja, se experimenta cierta impresion misteriosa ó temor reverente, que inspira la santidad del lugar. Una pequeña mesa de mármol pulimentado entallada en el pavimento del vestíbulo, llama desde luego la atencion. Dicen que cubre la piedra de la Ua-cio, donde el cuerpo de Nuestro Señor fue lavado, ungido y embalsamado antes de ser colocado en el Sepulcro. Este monumento, sobre el cual hay suspendidas muchas lámparas de una gran riqueza, está rodeada de una pequeña balaustrada de hierro. Avanzando algunos pasos mas, se encuentra aquella parte de la iglesia llamada propiamente la nave. Es un espacio abierto, de forma circular y de cerca de treinta y cinco pasos de diámetro, rodeado por diez y seis pilastras que sostienen una galería coronada por una media naranja bastante parecida á la del panteon de Roma. En medio de este círculo, y precisamente debajo de la abertura por donde entra la luz, se alza un pequeño monumento de mármol, en forma oblonga, de veinte pies de largo, seis de ancho y quince de altura poco mas ó menos, el cual termina por una cúpula sostenida por columnas. Este monumento cubre el lugar donde se supone que estaba el sepulcro de Nuestro Señor. De allí parten algunos escalones que conducen á un vestíbulo ó capilla. No es inútil decir aquí que los primeros fundadores de esta iglesia, á fin de reducir á plataforma la superficie desigual y escabrosa del Monte Calvario, se vieron obligados á cortar la roca en muchos sitios, y levantarla en algunos otros, teniendo cuidado, sin embargo, de no cambiar ni disminuir en nada las diversas partes del monte donde se creía que habia tenido lugar mas inmediatamente la pasion de Nuestro Señor.

Se entra en el santuario, y en la capilla exterior se ve una piedra de mármol pulimentado de cerca de pie y medio en cuadro. Ella determina el sitio donde se puso el ángel que anunció á las piadosas mujeres la Resurreccion de Cristo, diciendo: «Él no está aquí, porque ha resucitado como lo habia dicho: venid, y ved el lugar donde habia entrado el Señor.» De allí, pasando encorvados por una estrecha y baja puerta, sobre la cual hay una cortina corrida, se entra en el santuario ó cámara sepulcral. A la derecha hay un altar levantado sobre el sepulcro nuevo, donde, segun una antigua tradicion, el cuerpo de Nuestro Señor, despues del descendimiento de la cruz, fue depositado por Nicomedes. Un gran número de lámparas de oro y de plata, regalos de príncipes cristianos, arden continuamente sobre él. Las paredes exteriores están revestidas de mármol parduzco, y la bóveda se ha ennegrecido con el humo de las lámparas. El espacio que hay delante del altar es muy estrecho, y no puede contener mas que tres ó cuatro personas á la vez. Desde allí se pasa al coro de la iglesia, que se halla al Este, en frente de la entrada del Sepulcro. Pertenece á los griegos de la iglesia de Oriente. Quizá no sea inútil decir aquí, que si bien los cristianos de todas las naciones pueden visitar, con un objeto de devocion privada, los diferentes santuarios y capillas de que hablaremos mas abajo, no es, sin embargo, permitido celebrar allí las ceremonias públicas de la religion, sino á la secta á quien han sido especialmente asignados por la autoridad aquellos santuarios ó capillas. Es necesario no admirarse si las diversas partes de

la iglesia, asi como las reliquias que contiene, han sido objeto frecuente de contestacion entre las comuniones rivales. Como es necesario comprar á las autoridades turcas la propiedad, al que mas ofrece le dan sin dificultad la posesion. Anteriormente á 1685, los romanos ó latinos, como allí se les llama, estaban en posesion pacífica de la iglesia entera, y ellos solos tenían el derecho de celebrar en el interior todas las ceremonias del culto. Pero los griegos de la Iglesia oriental les usurparon entonces sus privilegios, y de aquí nacieron, sin disputa, las disensiones mas violentas. El 12 de marzo de 1808, un incendio que empezó á manifestarse en la capilla armenia, de donde se extendió á la griega, á las celdas de los franciscanos, á la capilla de la Virgen y á la gran media naranja, redujo á cenizas gran parte del edificio. Solo el Sepulcro no experimentó ningun daño. La construccion actual, principiada inmediatamente despues de este desastre, se concluyó en setiembre de 1810.

Volviendo al coro de la iglesia, que pertenece á los griegos: su distribucion es la misma que la de todos los edificios de este género. Se compone interiormente de un recinto amurallado, y termina en un semicírculo por su estremidad oriental donde se halla el altar mayor. En medio del pavimento hay incrustado un círculo, que los griegos llaman el ombligo de la tierra, porque ellos lo consideran como el centro del mundo. La ceremonia de la distribucion del fuego sagrado tiene lugar en esta capilla el dia de Sábado Santo. Se cree que este fuego sale del Sepulcro de una manera sobrenatural. Los peregrinos de la comunión griega encienden en él sus antorchas, creyendo que viene del cielo. En la estremidad occidental del Sepulcro, se ha construido un pequeño y modesto oratorio para uso de los coptos ó cristianos, originarios de Egipto. No tiene comunicacion ninguna con el Sepulcro. Los arcos que forman las galerías adyacentes, están cerrados y ocupados por mōnges armenios, georgianos, abisinios, y por otros religiosos de las diferentes comuniones cristianas. Están decorados al estilo particular de cada una de las sectas á que pertenecen. De allí se pasa á la capilla de la Aparicion, que se halla al Norte, y se la ha llamado así, porque está situada en el lugar mismo en que Nuestro Señor, despues de su resurreccion, se apareció á María Magdalena para consolarla en su afliccion. Pertenece solo á los latinos. Una puerta abierta en el muro de la izquierda, conduce á sus celdas, que no tienen otra salida; de manera que, aunque se apellidan guardias del Sepulcro, en realidad son ellos los prisioneros con respecto á los verdaderos guardias que son los turcos. Poseen tambien un órgano que es causa de grande incomodidad para los griegos, sus vecinos, cuya liturgia prohíbe toda clase de instrumentos en la celebracion del servicio divino. Además del altar del centro, hay uno mas pequeño á mano izquierda, dedicado á la Santa Cruz, y cerca de la puerta otra, erigido en conmemoracion de la flagelacion de Nuestro Salvador. En una concavidad hay un pedazo de columna de granito, que se manifiesta como el pilar idéntico á que fue atado el Señor. Saliendo de esta capilla y pasando el recinto de la de los griegos, que hemos descrito mas arriba, se ve frente á frente el altar de la Prision, donde Jesús fue encerrado mientras se hacian los aprestos para crucificarle. Precisamente detrás del coro hay otro altar levantado en el sitio mismo en que los soldados echaron á la suerte su túnica. Casi á la derecha de este altar hay una escalera de cerca de treinta peldaños, por la que se baja á una capilla subterránea, llamada la capilla de Santa Elena. Está completamente desprovista de ornamentos. De allí una segunda escalera de once escalones conduce á una cueva húmeda, abierta en la roca, donde, segun dicen, fueron halladas las tres cruces por la madre de Constantino. A consecuencia de este descubrimiento, aquella emperatriz hizo labrar el magnífico edificio, cuyos restos se ven hoy. Volviendo á subir á la iglesia, se encuen-

tra á la izquierda una capilla denominada *Impropio*; allí se manifiesta una piedra de mármol, que dicen ser donde se sentó el Salvador, mientras que los soldados, despues de haberle revestido con las insignias de rey, le insultaban y le golpeaban el rostro. De allí se sube por una escalera estrecha y oscura al monte Calvario ó Gólgota. Esta escalera tiene 19 escalones y algunos son de madera y se apoyan en los muros de la iglesia, los demás están tallados en la roca viva. El Calvario se halla al Sudeste del Sepulcro, del que dista unos 116 pies. La cumbre está llana, y constituye una plataforma de 47 pies por cada lado. Sobre esta plataforma se alzan dos capillas separadas por un arco. En la del fondo se ve un trabajo en mosaico que indica el lugar donde Jesús fue crucificado. En la de delante hay un altar ó mesa de mármol, taladrada de modo que permite ver, sin que se puedan tocar, los agujeros en que fueron levantadas las tres cruces, asi como tambien la hendidura de la roca, producida por el temblor de tierra que tuvo lugar en el momento mismo en que espiró el Dios del universo. El escéptico dirá sin duda, como se ha dicho ya, que estos agujeros son obra del hombre; pero en cuanto á la hendidura de la roca, por muy cuestionable que pudiera ser la época á que se refiere, nadie ha dudado jamás que sea natural. Sin embargo, la prueba de estos detalles secundarios no tiene importancia á los ojos del piadoso peregrino. Una serie no interrumpida de testimonios irrecusables le ha convencido, á su satisfaccion, de que aquel es el lugar donde terminaron los sufrimientos, la humillacion y la agonia por que el Salvador debia pasar antes de su glorioso triunfo. Sí, «todo lo que Cristo debia sufrir, segun Dios habia declarado por boca de los profetas,» se ha cumplido realmente á algunos pasos del lugar donde nos encontramos en nuestra narracion, lugar que da ancho campo á la meditacion de las inmensas consecuencias que ha producido para el mundo cristiano.

La iglesia del Santo Sepulcro no encierra ninguna escultura ni pintura notables. Asegúrase, sin embargo, y es bastante probable, que adornaban en otro tiempo sus muros excelentes cuadros. Tal vez hayan sido vendidos en un momento de necesidad, porque no tienen límites las contribuciones forzosas con que las autoridades locales los agravan á los cristianos, bajo pretextos mas frívolos.

DOLORES DE LA VIRGEN.

¡Oh! vosotros todos los que pasais por este camino, atended, y mirad si hay dolor semejante á mi dolor.

(SAN JUAN, 19.)

Salid vírgenes de Israel, salid de vuestras moradas y dirigid vuestros pasos en busca de la mas casta Virgen de Judá, porque su corazon está oprimido por el dolor, sus mejillas entumecidas por el llanto, y sus ojos casi ciegos. ¿Sabéis cuál es la causa de su dolor? Es que no ha quedado en su Amado rastro alguno de su belleza y hermosura: y le está viendo enteramente desfigurado.

Salid madres, todas las que habeis recibido en vuestras entrañas la bendicion del Señor, salid á acompañar en su dolor á una madre la mas afligida de todas. ¿Sabéis cuál es la causa de su afliccion? Es que ve á su hijo ultrajado y ensangrentado de tal modo, que no le ha quedado parte sana desde las plantas de los pies hasta la cabeza. Es que le ve rodeado de un pueblo furioso que levanta su voz atronadora diciendo: «¡crucifícale! ¡crucifícale!...» y el aire trae aquellas voces hasta la bóveda viva de su corazon de madre, donde se repite: «crucifícale! ¡crucifícale!... y ese corazon no puede contener estos ecos deicidas y se despedaza y esclama: ¡hay dolor semejante á mi dolor!...

Jerusalen, Jerusalen, ¿por qué te levantas contra el Hijo de esta Virgen? ¿No conoces que el Hijo de esta Virgen es el Hijo de Dios?

¿No conoces que caminas hacia tu ruina? Pero estás ensordecido, pueblo bárbaro, y la voz del eterno no te deja oír la voz del alma; y corres despavorido por tus calles como si te faltase tiempo para perderte; si porque correshacia el Gólgota para dar el golpe de muerte á tu víctima, y al dárselo te lo darás á tí mismo.

Corred, pues, todas las que amais á Dios, corred y rodead á María, porque va á asistir al mas cruel de todos los sacrificios, á la crucifixion de su Hijo; rodeadla, consoladla con amor cual si fuérais sus hijas.

Esta Virgen dijo un día: «Ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso,» y es bien cierto que continúa haciéndolas, puesto que le da valor y fuerzas para no desfallecer. ¿Oís los golpes del martillo que introducen los clavos en las manos y los pies de Jesús? Pues esos golpes encuentran su eco en el corazón maternal de María, y clavan en él otras tantas espadas de dolor. ¡Oh! madres, todas las que habeis recibido en vuestras entrañas la bendición del Señor. ¿Habeis sentido nunca un dolor semejante á su dolor?...

¿Veis al Hijo de Dios pendiente de la Cruz dejando por momentos á Jerusalem que lo ha crucificado para volver á sentarse en su trono de la Jerusalem celestial y eterna? Mirad al pie de esa misma Cruz:—¿Qué veis?—Una mujer hermosa como las rosas de Jericó y como las palmas del Líbano; pero llorosa y dolorida, porque es grande como el mar su quebranto... Es su Madre, es la mujer bendita entre todas las mujeres, es la Redentora del mundo, que procura contener hasta los latidos de su angustiado corazón, para no perder ni una de las preciosas palabras, que con voz casi estinguida, salen de los divinos labios del Hombre-Dios. Guardad silencio, criaturas todas de la tierra, porque el Hijo del Hombre está haciendo su testamento y acaso os deje su herencia. ¿Cuál es el tesoro mas precioso que posee? Su Madre, que es la fuente sellada de toda riqueza. Fija en Ella el Redentor sus moribundos ojos y le dice, mirando también al discípulo amado *Mujer, ahí tienes á tu hijo*. Despues dice al hombre: *Ahí tienes á tu Madre*. Y desde aquel momento supremo, María fue la Madre de todos los hombres y colma á los hijos que mas la aman, de las riquezas de que la ha hecho poseedora el Rey de todo lo criado.

¡Llega la hora nona y cúbrese el espacio de tinieblas, y se oscurece el sol, y resucitan los muertos, y la tierra gime y se sacude en horribles convulsiones, porque se acaba de alejar de ella el Salvador del mundo! La Virgen-Madre continúa al pie de la Cruz y no puede soportar el dolor que ahoga su pecho. Los hombres huyen aterrorizados por su misma obra y la madre sola y desconsolada esclama: «¡Oh! vosotros todos los que pasais por este camino, atended y mirad si hay dolor semejante á mi dolor.»

Y el corazón generoso de la Madre de Dios olvida que los hombres han crucificado á su Hijo, y le han traspasado con infinitas y agudísimas espadas, y empieza desde aquel mismo instante á cumplir con la voluntad del que espiró en la Cruz, siendo la Madre amorosa de todos los hombres y colmando á los hijos que mas la aman, de todas las riquezas de que la ha hecho poseedora el Rey de todo lo criado.

¡Dichosos los sentidos de la Virgen María, que sin morir merecieron la palma del martirio al pie de la Cruz del Señor!»

PISCICULTURA.

Vamos á ocuparnos de la piscicultura. Los procedimientos ordinarios se han aplicado con tan feliz éxito en los parques ó estanques de agua salada situados en las costas, que en diferentes puntos se han obtenido por la reproducción artificial lenguados y rodaballos, ó se ha logrado criar por mucho tiempo los cangrejos de mar y langostas que se han hecho nacer en dichos estanques. Mas aun: uno de los principales inteligentes en el difícil arte de la piscicultura, ha conseguido que siguiesen desarrollán-

dose, durante muchos meses, los peces en unos estanques llenos de agua de mar artificial.

En las costas del Norte de Francia se proponen ya, animados por los felices resultados de la piscicultura marítima, no reducirse solo á la cria de los crustáceos, sino aplicarla á poblar de nuevo las bahías del litoral, que se hallan sumamente empobrecidas, sobre todo en las costas de Bretaña.

En Bretaña, decimos, ha disminuido tanto la pesca, á consecuencia de la escasez de peces, que casi está reducida á los que por allí pasan, como son sargas y sardinas, y el número de pescadores se reduce de día en día, de modo que ya solo es una sujecion la inscripción de marina para la reclutacion de la armada.

Sin embargo, en otros tiempos ha sido mucha la abundancia de pescado en esos mismos sitios. En el siglo pasado era tan comun el salmón, que cuando se ajustaban los criados en las casas, ponian por condicion que no les habian de dar salmón mas que tres veces por semana. Apenas hace cuarenta años que en Bretaña se compraba un ciento de ostras por 15 ó 20 céntimos, es decir, por unos seis ó siete cuartos, una langosta por 20 ó 25 céntimos, y un salmón de tres ó cuatro kilogramos de peso por cuatro ó cinco reales. A pesar de esto, el oficio de pescador no estaba tan postergado como ahora, en que se ve que los que se dedican á él solo ganan de cinco á ocho reales diarios, generalmente.

Durante muchos años un conocido piscicultor ha explorado minuciosamente las bahías, las ensenadas del mar del litoral y otras pequeñas ensenadas conocidas en el país con el nombre de *lais*, que se encuentran frecuentemente en las costas de Bretaña, y que el mar deja en seco dos veces todos los días; con facilidad y sin grandes gastos se podrian transformar en estanques propios para la cria de grandes cantidades de peces y de crustáceos elegidos entre las mejores especies.

En ciertas épocas, convenientes al efecto, se soltarian á la mar algunos miles de peces de poco tiempo, de los nacidos allí, y así se obtendria en gran escala el aumento de peces en las costas. Pero se concibe muy bien, que para obtener buenos resultados no deberian limitarse á repoblar tal ó cual bahía; pues que las barcas pescadoras que se dirigirian con avidez á ellas, concluirian bien pronto con los nuevos peces; seria, pues, indispensable obrar sobre grandes masas de pececillos repartidos en los sitios que fuesen para ellos de preferencia.

Digna de cuidadoso y particular estudio es la naturaleza del fondo sobre el cual depositan cada especie de peces sus huevecillos: el mismo piscicultor á quien nos hemos referido, se ha dedicado con suma paciencia y minuciosidad á investigar con la ayuda de serias y científicas nociones sacadas de un conocido laboratorio.

Segun el mismo estudioso piscicultor, la cuestion de poblar de nuevo las costas mencionadas, no presenta ninguna dificultad seria sobre el punto de vista práctico, y las ventajas que reportaria serian de mayor importancia que los gastos que se ocasionarian para el efecto.

La sociedad zoológica de aclimatacion de Francia ha escrito, por medio de su miembro, Mr. de Maude, una relacion favorable sobre los estudios y proyectos del infatigable piscicultor Mr. Chauvin, y los ha recomendado á la benévola atención del ministro de Marina del vecino imperio.

MÚSICA SALVAJE.

EL PIANO MARIMBA.

Entre los diversos instrumentos músicos que usan los pueblos salvajes del Africa del Sur, menciona el doctor Livingstone el piano llamado *marimba*, consistente en dos barras de madera mas ó menos derechas ó arqueadas, como demuestra el grabado adjunto, al través de las cuales hay colocadas unas 15 llaves de madera, cada una de dos ó tres pulgadas de ancho y 15

ó 18 de largo, regulándose su espesor por la mayor ó menor profundidad de la nota que se requiere. Debajo de cada llave se coloca una calabaza que forma la caja sonora, y en ella resuenan los golpes que se dan con dos palillos de tambor. La habilidad de la ejecucion consiste en la rapidez de los movimientos. En Angola los portugueses usan el *marimba* en sus bailes.

BIBLIOGRAFIA.

ELEGIAS DE D. VENTURA RUIZ AGUILERA.

Pocas personas amantes de las bellas letras españolas habrán dejado de leer los *Ecos Nacionales* del mencionado autor. Fue su obra la primera en su género que se publicó en España, y su fama creciente cada día nos hace esperar que ella, como el nombre de su autor, pasarán aun con mas brillo á las generaciones venideras. Aguilera, hombre ya hecho, tiene la misma frescura de imaginacion, el mismo sentimiento estético, mayor ternura, si cabe, que Aguilera adolescente. Hay poetas que no envejecen, y Aguilera es uno; si llega á los noventa años, como nosotros apetece, e-tamos seguros de que este autor será tan jóven y tan poeta, como lo era á los diez y ocho. Ocúrranos estas reflexiones, á propósito de esas *Elegias*, de ese escogido ramillete de preciosas flores poéticas que acaba de dar á luz (1).

Dos elementos constituyen nuestra lírica castellana, el oriental y el germánico; el poema que nos ocupa,—que á pesar de sus reducidas dimensiones no titubeamos en calificar de tal, por la unidad que liga sus diferentes partes—pertenece al último género, y tiene la vaguedad, la melancolía, el matiz delicadísimo, en fin, que se nota en las obras de los grandes líricos alemanes. La musa del dolor, rompiendo las fibras del corazón del padre, ha dotado de un poema íntimo y de un admirable cuadro de sentimiento á la patria del poeta.

Hemos dicho que los *Ecos Nacionales* habian sido la primera obra, que en su género se habia publicado en España; las *Elegias* que ahora nos ocupan, tampoco tienen otra que les asemeje. Las *Elegias* de Aguilera se sienten, se lloran y se admiran; pero no se comprende lo que son, ni lo que valen, sino sintiéndolas, llorándolas y admirándolas.

R. G. y A.

MODAS DEL MES DE ABRIL.

El abril, con su perfumado ambiente, con su trasparente y puro cielo, con su risueño verdor, que brota do quier anunciando la estacion de las flores y de las aves, reanima la sociedad elegante, aprisionada en los días de marzo por airados nubarrones, amenazadores de continuada y abundante lluvia. Ciertamente el invierno tiene atractivos para aquellos que en todo saben encontrar poesía, lo mismo en la nieve que cubre nuestras habitaciones y se complace en sitiarnos en ellas, que en los encendidos leños de la chimenea que nos fascinan con sus caprichosas pirámides de fuego; pero, ¿qué atractivos no debe tener para todos la bulliciosa primavera, anunciándonos con los gorgoros de las avecillas, el buen tiempo y los amores en la naturaleza? Las tardes serenas y tranquilas nos brindan ya con giras campesinas, en que tanto goza la juventud, ávida de juegos, de animacion y de saludable ejercicio; y las noches, no menos claras y serenas, nos hacen pensar en la estacion de los baños y de los viajes, en que la mayor parte de las familias, imitando los instintos de las golondrinas, emigran de la coronada villa en busca de frescas emociones en las playas del Mediterráneo ó en los valles de los gigantescos Pirineos. Todo anuncia en la naturaleza una nueva vida, una nueva abundancia, si podemos decirlo así, de que serán los primeros en disfrutar los infe-

(1) Se hallan elegantemente impresas, y con un lindísimo retrato dibujado por el señor Vallejo, en las principales librerías de esta corte, al precio de 8 rs.



Modas del mes de abril.

lices mene-terosos, que pueden vivir en verano mil veces mejor, careciendo de abrigo y de lumbre, y de todo lo que requiere la vida en invierno.

La moda, siempre exigente, se ve, sin embargo, precisada á doblegar su voluntad ante poderosas exigencias de otro género. El calor no admitiría sus decretos si no se hallaren de acuerdo con la ligereza que requieren los trajes en la presente estación, y así es, que relegándose al olvido por completo los brocados, los terciopelos y los tejidos consistentes, comienzan á dominar el *glasé* y los adornos que puedan llamarse verdaderamente aéreos.

Difícil es sin embargo que nuestras bellas sigan todos los caprichos de la moda sin un consejero hábil que las dirija, y hallando ahora eco en toda Europa los consejos de *La Mode Illustrée*, publicada en París, deben consultarla.

Hé aquí la esplicacion de los figurines que ofrecemos á nuestras lectoras.

Figura 1.^a—Traje para paseo ó visita.—Vestido de *glasé*, color de pensamiento. Cuerpo liso, alto y redondo. Por delante tiene un pequeño escote en figura de V. Todo el vestido va guarnecido con una tira de terciopelo negro,

lisa ó recta en su parte inferior y recortada, como se ve en el figurin, por la superior: por esta parte va toda guarnecida de un encaje negro rizado. Se coloca dicho terciopelo todo en una tira del modo siguiente: empezando á guarnecer el escote desde su bajo en el lado izquierdo, y siguiendo por el escote de la espalda al otro lado del de delante, bajando hasta la cintura y siguiendo, sin cortarla, hasta el borde de la falda, trazando una línea oblicua, es decir, que no baje por el medio, sino que termine al lado izquierdo de la falda. La misma tira rodea toda la falda por abajo, terminando debajo del ángulo que forma en el lado izquierdo, (á pesar de que el figurin representa el derecho). La manga es ancha, pero de codo, y va guarnecida desde el hombro lo mismo que el resto del vestido. Mangas interiores y cuello de batista lisa: las mangas sencillamente con un puño. Sombrero de terciopelo negro, adornado con plumas color de pensamiento: del mismo color son las cintas: un lazo color de lila está colocado sobre la frente, y adorna la cara un rizado de encaje blanco.

Figura 2.^a—Traje para señorita.—Vestido-sotana de *glasé* color de moda. Adornan su bajo y la cartera de las mangas dos volantes

encañonados. La manga es de codo algo estrecha en su bajo: la cartera muy alta, y en su parte superior una tercera parte mas ancha que la manga. El vestido-sotana tiene, como todos saben, el cuerpo y falda, por delante, de una misma pieza. Una hilera de botones lo adorna y abrocha desde el escote del cuello hasta cerca de los volantes: tambien se pone una hilera de botones en el centro de la cartera de la manga. Cuello y mangas interiores lisos. Sombrero de crespon blanco, adornado por dentro y fuera del ala, con encajes blancos y capullos de rosa.

Figura 3.^a—Traje para niña de seis años.—Vestido de *glasé* verde-mar claro. Cuerpo alto y liso, manga corta formada por un volantito rizado, igual al que guarnece el bajo de la falda. Una ancha cinta del color del vestido con una roseta de la misma sirve de cinturón, y caen flotantes, por detrás, sus dos cabos. Botitas del color del vestido.

ADELA.

Por todo lo no firmado J. GASPAR,
editor responsable.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses. —Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo. —Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días despues de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Cármen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31, Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochoa, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, pasaje de Matheu.

En Provincias, Etranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA, y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.